

EL CALVARIO

LIENZO DE PAHISSA



(A MI AMIGO JUAN ROCHELT)

Ante ese cuadro fruto de la fé y de la poesía, el alma retrocede diez y nueve siglos, y parece contemplar la escena de desolación que jamás otra semejante presenciaron las edades.

Al fijarnos en él, instintivamente pronuncian los labios las soberanas palabras del Hijo de Dios: *consumatum est*, todo ha terminado.

Tres cruces sobre un promontorio peñascoso, Jerusalem casi á tiro de piedra, la pálida luna sobre sus edificios, envolviendo en una dulcísima melancolía el paisaje, que revela toda la grandeza de su dolor, y la Cruz del Salvador vacía..... nos dicen que estamos á las 6 de la tarde del viernes, llamado por el mundo cristiano, santo.

Todo estuvo agitado en aquel dia solemne de la humanidad; ¡cuán bien ha sabido expresar Pahissa la agitación de lo más insensible para poder formar idea de lo que pasaría en el corazón del hombre!

Peñascos abiertos por la piqueta del más grande de los dolores, una encina majestuosa desgajada junto al lugar del sacrificio y nubes que cubren el firmamento en confuso tropel sin saber á dónde dirigirse, hacen prorrumpir con San Dionisio, uno de los sabios del Areópago «ó el Autor de la naturaleza perece, ó la máquina del mundo fenece.»

Todo ello tiene una expresión de cansancio, que para dar un alivio al corazón viene la poesía á colocar en medio de aquel angustio-

so panorama, y los plateados rayos de la luna lo impregnan de una suavidad tal, que amortigua las grandes líneas del dolor.

Y como explicación de esta especie de letargo en que la naturaleza parece que se adormece, presenta la Cruz del Salvador sin la víctima expiatoria, pues el Divino Agonizante..... duerme también en el sepulcro.

Después de contemplar una y otra vez esos detalles y ese conjunto, gracias á la copia que de esa hermosa composición debo á tu pincel, y en la cual reverbera la inspiración del autor; no teniendo palabras con que expresar lo mucho que el corazón siente ante esa maravillosa evocación del tremendo drama, me permito tomarlas de Zorrilla, que en una de sus majestuosas estrofas sorprende mis sentimientos:

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
y aunque mi vista impura tu aparición no vé,
mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
te adora ante ese lienzo mi solitaria fé.

J. M.^a GARCÍA Y GALDÁCANO,

Presbítero.

Bilbao, Marzo 1893.

